

heroísmo de sus defensores, los dos hermanos licenciaron su ejército hasta la primavera próxima, sin saber tampoco lo que harían cuando llegara. Babur regresó con sus fuerzas á Cabul. Cuando en la primavera los dos hijos del difunto Husein tuvieron otra vez reunida su hueste, entre Herat y Balh, resultó que mientras cada uno quiso hacer prevalecer su plan de campaña pasó Scheibani con 50,000 hombres desde Balh á Sarachs, dejando el ejército de los dos hermanos al Sur. Desde Sarachs conducía entonces, como hoy, una magnífica carretera á Herat, la cual el enemigo encontró completamente libre. Al saber la marcha de Scheibani corrieron los dos hermanos con las fuerzas que quisieron seguirles hácia la capital para salvarla, y llegaron en efecto á ella antes que el enemigo, que iba aproximándose á grandes jornadas. El pánico se apoderó de todo el mundo y nadie sabía qué hacer; cada jefe con su contingente se apresuró á huir de tanta confusión y llegar cuanto antes á su país, sin reflexionar que sueltos y aislados debían ser impotentes contra el enemigo invasor. Este, despues de tomar y saquear á Herat en 913 (1507), recorrió todo el país aniquilando los restos dispersos del ejército del Corasan y apoderándose de todos los descendientes de Timur que pudo haber; y á los que no murieron con las armas en la mano, de lo cual hubo algunos casos, el vencedor los hizo matar despues. Así murió toda la familia, los parientes y descendientes de Husein, librándose de la destrucción solo un hijo, Bedi es-Seman, el mas culpable, que con su sublevación contra su padre había introducido en el reino floreciente de éste el germen de su ruina. Bedi es-Seman huyó al Oeste y murió diez años despues en Constantinopla como extranjero refugiado.

De todo el imperio de Timur, solo Cabul y Gazna quedaron en poder de uno de sus descendientes, Babur II, que contaba entonces escasamente veinticinco años. Babur acechaba desde estas fortalezas la ocasión de echarse sobre el enemigo, preparándose en caso desgraciado para pasar á la India, donde muchos aventureros mahometanos habían hecho fortuna.

El imperio de Timur estaba al parecer condenado á ser botín de la misma raza con la cual aquel terrible conquistador había sometido la Persia; pero cuando el nuevo conquistador menos lo pensó, se vió, poco despues de su brillante triunfo, en frente de un adversario con el cual ni él ni nadie habían contado.

Para conocer á este adversario hemos de dejar por algun tiempo á los usbecos, salvo volver á tratar de ellos en el momento oportuno.

Habíamos dejado á Usun Hasan ocupado, desde la consolidación del imperio del sultan Husein, exclusivamente con sus vecinos del Oeste, donde veremos ahora lo que había sido de los herederos de Timur que habían quedado en aquella parte del Asia. Ocho fueron los emires que despues de la batalla de Angora habían sido reinstalados en sus dominios en el Asia Menor. Los turcos osmanlíes, como es sabido (1), se habían rehecho con una prontitud asombrosa de la derrota de Bayaceto gracias al talento y la energía del sultan Mahomed I, quedando con esto sus rivales en el Asia Menor en situación precaria y desesperanzada. Amurates II, el sucesor inmediato de Mahomed, incorporó definitivamente á su imperio desde 829 hasta 832 (1426-1429) todos los emiratos del Asia Menor occidental, quedando solo dos, el de Caramania y el de Castamuni en la Paflagonia que pudieron sostenerse algunos decenios mas á consecuencia de lo

(1) Véase la *Historia de los imperios bizantino y turco*, por Hertzberg, que forma parte de esta obra.

mucho que tuvieron que hacer los sultanes en Europa para completar y consolidar sus conquistas. A pesar de este plazo de respiro no llegó á gozar de tranquilidad especialmente la Caramania, situada entre los territorios ocupados por los turcos osmanlíes, los de los turcomanos ak-koyunlus y los de los mamelucos, cada uno de los cuales tenía interés en que se debilitaran los otros y en hacer suya la Caramania. De esta manera aquel país fué la manzana de la discordia entre los tres vecinos; pero esta posición central unida á los notables recursos del país le habría asegurado una posición respetable por la imposibilidad de unirse sus vecinos, si sus propios príncipes soberanos hubiesen tenido talento político, lo cual justamente les faltaba. Nasir-ed-din Mohammed, que reinó desde 805 hasta 829 ó segun otros datos hasta 826 (1403-1426 ó 1423), é Ibrahim, que reinó desde 829 hasta 868 (1426-1464), no supieron sacar provecho de la rivalidad de sus vecinos, ni conocer la extensión verdadera de sus recursos. Nasir-ed-din Mohammed tuvo la imprudencia de querer conquistar á Brussa y perdió una gran parte de su territorio, y aliándose á consecuencia de este revés con los egipcios no llegó al resultado con que contaba, porque su hijo Ibrahim se enemistó completamente con estos aliados. La Caramania estaba, pues, condenada á desaparecer como Estado independiente desde el momento en que uno de sus vecinos pudiera sobreponerse á los otros dos. Hasta entonces continuaba tirante la situación y el emir de Caramania, enemistado con todos tres, aunque hubieran llegado al fin á ponerse de acuerdo, lo cual en todo caso hubiera durado poco, no tenía asegurado su dominio sino de una manera harto precaria. Esta situación forma la historia del Asia anterior durante todo el siglo ix de la égira, ó xv de la era cristiana, por efecto de la necesidad que tenían los turcos de todas sus fuerzas disponibles en Europa y de la completa anemia en que había quedado el imperio mameluco despues de la evacuación de la Siria por Timur.

El Egipto jamás ha sido favorecido por el destino con buenos gobiernos, pero de los malos los peores fueron sin ninguna duda los de la segunda dinastía mameluca, ó sea la cherquesa ó burchita. La primera, ó sea la bahrita, tuvo defectos, pero los resultados benéficos de la energía de Bibars y del talento y sabia política mercantil y diplomática de Kilawun y de Nasir se dejaron sentir hasta el fin del reinado de esta dinastía. El país prosperaba y hasta era rico, y el pueblo, si no era feliz, no era tampoco infortunado, como lo fueron los de casi todos los demás Estados mahometanos. La debilidad de los últimos sultanes bahritas y la creciente indisciplina de los mamelucos habían hecho mucho daño antes que llegara Timur á Siria, y aunque Barkuk puso hasta cierto punto orden y su hijo Faradsch logró con su conducta contemporizadora preservar al Egipto otra vez de las depredaciones espantosas de las hordas tártaras, los padecimientos que los mamelucos impusieron á los infelices habitantes de este país sobrepujaron á todo lo humanamente aguanteable desde la muerte del primer sultan de la dinastía cherquesa. La diferencia entre las dos dinastías para el país, siempre infortunado, consistía en que durante el reinado de los sultanes ó emires bahritas la soldadesca mameluca amenazaba mas á los emires que á los habitantes y durante el reinado de los cherqueses eran los habitantes pacíficos y productores las víctimas de aquellos soldados bestiales, sin que los sultanes de la segunda dinastía tuviesen su existencia mas asegurada que los de la primera. No menos precaria fué la de los burchitas cuando en los 125 años del reinado de esta dinastía llegaron á 24 los sultanes que se sentaron en el trono (2).

(2) Véanse sus nombres y el tiempo que reinaron:

Sucedía, por regla general, que el sultan reinante al sentir su muerte cercana nombraba sucesor á su hijo, que si era menor de edad era destronado y sustituido con la misma regularidad por su tutor, y si era de mayor edad le pasaba lo mismo, poniéndose en su lugar cualquier emir, que tampoco conseguía hacer el trono hereditario en su familia. Con esto se aumentó la ruda soberbia de la tropa, y hasta aquellos sultanes que supieron conservar una aparente independencia é hicieron cortar las cabezas á algunas docenas de jefes militares revoltosos cuando consiguieron apoderarse de ellos, ya por astucia, ya á la fuerza, tuvieron que adaptar su conducta á los deseos de los mamelucos.

Solo consiguieron esta independencia cinco de los sultanes enumerados. De Barkuk hemos dicho ya lo suficiente; y aunque el resultado de sus esfuerzos no correspondió á las necesidades, no deja de ofrecer su reinado un contraste benéfico con el desorden espantoso dominante en los reinados de los últimos sultanes bahritas. Muerto Barkuk reinó otra vez el caos hasta despues de la partida de Timur; Faradsch, el hijo de Barkuk, fué destronado dos veces y asesinado la segunda vez. Su sucesor, el califa abasida reinante, solo gobernó unos seis meses. El Scheich Mahmudi era hombre valiente y enérgico, sobre todo en el exterior; restableció el poder mameluco en la Siria del Norte, pero nada pudo hacer para restablecer el orden en el interior. Su sucesor Burs Bey, ó mejor dicho Buris Bey, fué el mas enérgico, pero tambien el mas abominable y el mas repugnante de estos sultanes, porque cubrió su despotismo cruel con la máscara del creyente devoto y esquilmo y oprimió al pueblo de la manera mas refinada é infuca. Si su reinado ofrece brillantes resultados exteriores, dejó arruinado en cambio al país. Schamak merece elogios porque puso orden en el interior y vivió en paz con sus vecinos, sin sacrificar la dignidad del país; pero no supo ó no pudo hacer entrar el reino mameluco en una nueva senda racional; porque despues de él la soldadesca volvió á sus demasías y desenfreno salvaje, hasta que Kait Bey restableció temporalmente el orden y en cierto grado la prosperidad del país. No era un modelo de príncipes ni mucho menos, pero supo poner freno á la tropa y practicó una política enérgica en el exterior. Fué su reinado el último destello de la independencia mameluca, porque á su muerte se sucedieron las revoluciones palaciegas, y el Estado mameluco se descompuso en una multitud de emiratos cuyos soberanos se destruyeron mutuamente sin interrupción, uniéndose á duras penas y solo por un momento cuando llegaron los turcos osmanlíes.

1. Barkuk, desde 792 hasta 801 (1390-1399).—2. Faradsch, hijo del anterior, desde 801 hasta 815 (1399-1412), salvo un corto interregno de su hermano Is-ed-din.—3. Melik Mansur, en el año 808 (1405).—4. Musta'in, califa abasida, 815, ó sea desde mayo á noviembre del año 1412.—5. Scheich Mahmudi, desde 815 hasta 824 (1412-1421).—6. Ahmed I, hijo del anterior, llamado tambien El-Muzaffar, en 824 (1421).—7. Tatar, tutor usurpador del anterior, en el mismo año.—8. Mohammed, hijo de Tatar, desde 824 hasta 825 (1421-1422).—9. Burs-Bey, tutor usurpador del anterior, desde 825 hasta 841 (1422-1438).—10. Yusuf, hijo del anterior, desde 841 hasta 842 (1438).—11. Schakmak, tutor usurpador, desde 842 hasta 857 (1438-1453).—12. Otman, hijo del anterior, en 857 (1453).—13. Yannal, desde 857 hasta 865 (1453-1461).—14. Ahmed II, hijo del anterior, llamado tambien El-Mu'ayyad, en 865 (1461).—15. Khoschkadam, tutor del anterior, desde 865 hasta 872 (1461-1467).—16. Yel-Bey, en 872 (1467).—17. Timur-Boga, 872 (1467-1468).—18. Kait-Bey, desde 872 hasta 901 (1468-1496).—19. Mohammed Nasir, hijo del anterior, desde 901 hasta 904 (1496-1498).—20. Kánsuve I, tutor usurpador, desde 904 hasta 905 (1498-1500).—21. Schan-Belat, desde 905 hasta 906 (1500-1501).—22. Tuman-Bey I, en 906 (1501).—23. Kánsuve II, el Guri, desde 906 hasta 922 (1501-1516).—24. Tuman-Bey II, desde 922 hasta 923 (1516-1517).

Dos fueron los defectos fundamentales del Estado mameluco: en primer lugar la ausencia de toda ley y justicia, que desde luego quitaba toda autoridad á los sultanes, que en el fondo no pasaban de ser usurpadores todos con el apoyo del elemento militar, y en segundo lugar una administración de hacienda primitiva y letal. Los llamados sepulcros de los califas, que forman al pié de la montaña Mocatam, al Este del Cairo, como una necrópolis de soberbias mezquitas funerarias con imponentes cúpulas y esbeltos minaretes, son en realidad en su mayoría mausoleos de los sultanes cherqueses y una de las causas principales de los efectos funestos que tuvo el desgobierno de estos soberanos para el país. Los turcos y los mamelucos burchitas, que si bien eran descendientes de cherqueses se habían asimilado completamente á los turcos, han sido, como es notorio, en otras épocas por lo menos, un pueblo aficionado á monumentos arquitectónicos de lujo y no de utilidad general, es decir, palacios y mezquitas, como lo han demostrado en Constantinopla, Delhi, Agra y el Cairo. Los príncipes mamelucos querían tener cada uno su mausoleo como los antiguos Faraones, y todos, desde Barkuk á Kait-Bey y Kánsuve realizaron este capricho hasta donde lo permitió el tiempo, es decir, la duración de su reinado. Pero como estos monumentos costaron inmensas cantidades de dinero, además de las que devoraban los soldados y emires, cuyas exigencias crecían á medida que los sultanes derrochaban el oro en construcciones suntuosas, los ingresos del tesoro no bastaban á sufragar tantos gastos, no obstante el floreciente comercio entre la India y Europa, que pasaba en su casi totalidad por el Egipto, y el fomento y protección que le dispensaron Kilawun y sus sucesores. El Scheich Mahmudi estuvo á punto de cegar esta fuente de oro para proporcionarse recursos momentáneos; pero lo que no hizo él, lo hizo Burs Bey con sus medidas imprudentes rebajando escandalosamente la ley de las monedas, oprimiendo al comercio con impuestos y gabelas de toda clase y monopolizando finalmente de la manera mas irracional el comercio de especias. Los comerciantes del Egipto quedaron completamente arruinados, y de rechazo los de Venecia, de España y de otros Estados mercantiles, tanto que los gobiernos de los dos primeros protestaron entre 830 y 840 (1427 y 1437) enérgicamente contra estas demasías, llegando los españoles, para dar mas peso á sus reclamaciones, hasta organizar expediciones marítimas de corso. Con esto consiguieron que Burs-Bey pusiese al fin término á las vejaciones mas insoportables, por lo menos en cuanto perjudicaban directamente á los comerciantes extranjeros; pero nadie protegía á los súbditos contra la rapacidad sistemática de su soberano. Sus sucesores no llevaron sus extorsiones al extremo infuco de Burs Bey, pero ni los mejores entre ellos supieron detenerse en la pendiente fatal inaugurada por aquel. Mientras el comercio con la India tenía que pasar casi forzosamente por la Siria y el Egipto, no podían cegar esta fuente de prosperidad las medidas mas estúpidas de los gobernantes egipcios; pero con el descubrimiento de la vía marítima á la India quedó sellada irremisiblemente la ruina del imperio mameluco en un corto número de años, tanto mas, cuanto que los descubridores de la nueva vía, los portugueses, no tardaron, como no podía menos de suceder, en enemistarse con los comerciantes mahometanos, que hasta entonces habían tenido el monopolio indisputado del tráfico. Ellos fueron al parecer los que provocaron por todos los medios conflictos entre los portugueses y los príncipes de la India, y la consecuencia fué una guerra á muerte entre las marinas cristiana y mahometana. Los portugueses se apoderaron de cuantos buques egipcios pudieron; en 914 y 915 (1508 y 1509) hubo entre ambas ma-

rinas grandes batallas navales en las costas de la India, y en 919 y 922 (1513 y 1516) atacaron los portugueses por mar la ciudad de Aden y hasta la de Dyedda. Estas luchas salen del cuadro de esta obra; pero desde luego se comprende que la interrupción del comercio egipcio, que fué su consecuencia inevitable, debía precipitar y rematar la ruina financiera y de consiguiente la política del imperio mameluco.

Los efectos de la creciente penuria de los sultanes no son para dichos; los emires, como la soldadesca, buscaron toda clase de motivos de queja contra los habitantes pacíficos, como pretextos para robarles cuanto tenían; los empleos y dignidades se vendieron en subasta y la iniquidad del gobierno llegó hasta vender por sumas crecidas las vidas de varias personas á sus enemigos particulares para que pudiesen satisfacer en ellas su venganza y matarlas después de hacerles pasar por todos los martirios que les sugirieron sus instintos feroces. A esto había llegado el imperio mameluco y así debía derrumbarse necesariamente al menor esfuerzo, bastando para ello una batalla perdida contra el primer enemigo exterior que lo atacara con resolución. En semejantes condiciones no es de extrañar que los mamelucos no pudiesen siquiera fortificar y defender la línea del Tauro cuando los turcos, en su avance gradual y no interrumpido hacía el Este, llegaron allí, donde, según hemos dicho en otra parte de esta obra, se hallaban establecidos emires de la familia Zul-gadir en Abulustein y las comarcas vecinas. Eran estos emires de raza turcomana y casi independientes, pero nominalmente vasallos de los sultanes mamelucos. Vecinos de ellos en la Cilicia oriental, que había formado parte de la Armenia Menor, reino destruido en 776 (1375), vivían los turcomanos Benu-Ramadan (ó Ramasan según la pronunciación turca), y ambos Estados tenían por vecinos la Caramania y los ak-koyunlus. Estos últimos, tendiendo incesantemente á extenderse en dirección Sudoeste, dieron naturalmente ocasión á continuos conflictos y guerras; pero cuando por casualidad dejaron de molestar á los emires de Zul-gadir y de Ramadan se volvieron éstos contra el emir de Caramania ó contra los mamelucos, de suerte que por aquel lado el imperio de estos últimos y la Caramania tenían su punto más vulnerable, sin tener fuerza bastante ni uno ni otra para dar la ley á aquellos emires indómitos. Todas las tentativas que hicieron en este sentido se estrellaron, á causa de los ak-koyunlus, que eran para los emires de Zul-gadir y de Benu Ramadan lo que éstos para el de Caramania y los mamelucos. En efecto, Kara Yelek, sus hijos, y después Usun Hasan, y hasta los borregos negros, acaudillados por Kara Yusuf y Schehan Schah, invadían y saqueaban por costumbre, siempre que se ofrecía la ocasión, el territorio de Abulustein y la Siria del Norte. Si los mamelucos los escarmentaban y se disponían á aplicarles un castigo ejemplar, se humillaban, se declaraban vasallos fieles del Egipto y prometían enmendarse; pero apenas se veían libres del ejército enviado contra ellos, volvían á las andadas. Durante algún tiempo el sultan Kait-Bey tuvo la esperanza de hacer inofensivas á las dos ramas turcomanas, los borregos blancos y negros, por medio de la enemistad que desde antiguo se profesaban, y la muerte de Kara Yelek en su lucha contra Iskender fué otra ventaja para el sultan de Egipto; pero su satisfacción duró poco, porque Schehan Schah tomó luego una actitud hostil, y cuando hubo sucumbido ante las fuerzas de Usun Hasan, el vencedor, no obstante que envió la cabeza del vencido á Kait Bey en el Cairo con muchas seguridades de su sumisión, volvió á mostrarse tan displicente como antes y como se habían mostrado todos sus predecesores. En una palabra,

los sultanes mamelucos y sus vecinos malgastaron su fuerza en interminables luchas pequeñas en la Mesopotamia, en la Siria del Norte y en el Asia Menor oriental, de tal suerte que cuando llegaron los turcos subyugaron á todos con poco trabajo. Pasaremos por alto todos estos detalles y nos limitaremos á observar que el Scheich Mahmudi en 820-822 (1417-1419) y Burs-Bey en 838 hasta 841 (1435-1438) sometieron en varias campañas solo temporalmente estos Estados, pero desde 872 hasta 877 (1468-1472) el emir Siwar, de los zul-gadires, dió muchísimo quehacer al sultan, el cual se valió de la traición para apoderarse de su enemigo. Por lo demás, todas las victorias alcanzadas por Kait-Bey sobre los turcomanos blancos y negros fueron puramente nominales, sin el menor valor real; y desde que los ak-koyunlus tuvieron por jefe á Usun Hasan fueron cobrando preponderancia material en el Asia Menor oriental.

Usun Hasan fué por cierto el único jefe entonces, entre todos los del Asia anterior, que tuvo conciencia del peligro que amenazaba á todos ellos de parte de los turcos, y el único que tuvo una idea acertada de lo que podía hacerse para conjurar este peligro en caso de poder ser conjurado. Antes de extender su dominio sobre los territorios ocupados entonces por los borregos negros había entablado relaciones con los bizantinos de Trebisonda; se había casado con una sobrina del emperador David, y en 863 procuró, si bien en vano, impedir el ataque de Mahomed II el Conquistador á la capital de su suegro, valiéndose por lo pronto de un mensaje amenazador. Cuando vió que David, aterrado, no tuvo valor para hacer resistencia, le abandonó á su suerte, y lo mismo hizo con el último soberano de Castamuni, cuyo territorio y capital fueron conquistados por los turcos y anexados á su imperio en 864 (1460). Los turcos, siendo ya vecinos inmediatos de Usun Hasan, entraron aquel mismo año, ó lo más tarde en el siguiente, 865 (1461), en el territorio de éste, que estaba á la sazón guerreando con los karakoyunlus, por cuya razón dejó para otra ocasión contestar á la invasión turca; pero luego que con la muerte de Schehan Schah se vió dueño de toda la Persia occidental, entró en negociaciones con la república de Venecia, anhelosa de encontrar aliados contra los turcos, para obrar con ella de común acuerdo, sin contar para nada con los mamelucos, que además de ser perfectamente inútiles en toda política combinada, estaban á la sazón en guerra con Siwar (1).

Mahomed II tenía sobre todos sus enemigos, separados entre sí por grandes distancias, la ventaja de la posición central, que le permitía dirigir sus golpes contra cualquiera de ellos antes de que pudiesen comunicarse entre sí y concertarse; y de esta manera aniquiló, en efecto, el poder de Hasan sin que á éste resultara ventaja alguna de la diversion que una escuadra veneciana trató de ejecutar.

En Caramania se encontraron Hasan y Mahomed II con sus respectivas huestes. Ibrahim, soberano de Caramania, reñido con sus hijos, había muerto en el año 868 (1464) (2), después de nombrar sucesor suyo á Ischak, disposición que no quisieron reconocer los hermanastros de éste y de su hermano Ahmed. Eran hijos de una tía de Mahomed II, y confiando en el auxilio del sultan se sublevaron contra los dos hermanos, que se habían posesionado cada uno de las comarcas que habían perdido, hasta quedar uno de ellos dueño único. Ischak, para ponerse en posesión de toda la herencia á la mayor brevedad posible, solicitó el auxilio de Usun Hasan, y éste, que estaba ocupado con los mamelucos

(1) Véase la *Historia del imperio bizantino*, etc., de Hertzberg, de esta obra.

(2) Según las crónicas árabes, y no en 1463 como dice Hertzberg.

de la Siria del Norte, envió únicamente una columna volante que hizo grandes depredaciones sin poder expulsar completamente á Ahmed y á su facción (869 = 1464). Apenas hubieron abandonado el país los guerreros de Hasan cuando, por orden del sultan Mahomed, entró el gobernador turco de Atalia con sus fuerzas y sentó sólidamente en el trono á Ahmed, que tan pronto como se vió dueño se dispuso á defender su país contra el mismo sultan, cuyas intenciones comprendía perfectamente que eran agregar á su imperio la Caramania. Fué derrotado por Mahomed en persona en 871 (1466), pero á pesar de esto defendióse con valor hasta 873 (1468), no perdonando medio de obtener auxilio ya de Hasan, ya de los mamelucos, ya de los venecianos. El primero, sin embargo, estaba entonces ocupado en rechazar el ataque de Abu Said; los sultanes mamelucos que precedieron á Kait-Bey eran nulidades incapaces de poner coto á la anarquía en su propia capital, y Kait-Bey, cuando hubo empuñado en 872 (1468) las riendas del Estado, tuvo que luchar hasta 877 (1472) con el emir Sivar de Abulustein, que se había sublevado contra él probablemente á instigación y con el apoyo secreto de los turcos. Parece que Kait-Bey abandonó finalmente á su suerte la Caramania á consecuencia de un convenio con Mahomed, que por su parte prometió retirar su apoyo al emir de Abulustein. Lo cierto es que en 876 (1471) encontramos la Caramania en poder de los turcos y á su emir Ahmed refugiado cerca de Usun Hasan, el cual después de 20 años de continuas luchas se hallaba á la sazón en el apogeo de su poder, siendo dueño del Kirman, de Fars, de ambos Irak, del Aderbidyan, la Armenia y la Mesopotamia. No era, pues, extraño que en semejante situación se creyera bastante fuerte para hacer frente al conquistador Mahomed. Los embajadores venecianos que entonces fueron á su corte no han dejado datos sobre su persona y su imperio. Era hombre de elevada estatura y enjuto de carnes, de fisonomía franca y simpática. La organización de sus tropas se hallaba en estado bastante lastimoso, especialmente su fuerza principal, la caballería irregular turcomana, la cual podía haber producido excelentes resultados contra los tártaros y mamelucos, pero no podía pretender superioridad sobre los turcos, como Hasan se imaginó al parecer. Hasan, á ejemplo de otros soberanos asiáticos, adversarios de los turcos, no estaba enterado del armamento superior de éstos, en especial de su artillería, de la cual los turcos cuidaron con una solicitud admirable desde el momento que á su llegada á Europa tuvieron conocimiento de la invención de la pólvora. Todavía hoy tienen fama los artilleros turcos de ser el mejor elemento de su ejército. Inútil es decir cuánta ventaja dió esta arma á los turcos sobre sus enemigos asiáticos, que ó no la conocían ó debían de conocerla mal y usarla peor. Así, pues, la tentativa de Hasan para derrotar al ejército de Mahomed, como Timur había batido al de Bayaceto, tuvo un éxito muy lastimoso. A fin de reinstalar en sus dominios á los dos príncipes caramanios Ahmed y Kasim-Bey, refugiados en su corte, se lanzó en 876 (1471) con un fuerte ejército sobre los turcos en el Asia Menor; los arrojó de sus posiciones, y se apoderó de la mayor parte de la Caramania. Este triunfo resultó efímero. Hasta que nuevos datos arrojen mayor luz sobre estos sucesos no se comprende cómo Hasan pudo dejar solamente 10,000 hombres en el Asia Menor y regresar con el resto de sus fuerzas á su país. Allí permaneció durante el año 876-877 (1472), mientras la escuadra veneciana se acercaba á las costas del Asia Menor reclamando la cooperación energética de Hasan. Los 10,000 turcomanos que éste había dejado en Caramania y otros puntos sufrieron en 877 (1472) una derrota junto al lago de Kerelu, llama-

do hoy Beischehr-Gol y por los antiguos Coralis. A fines del año 877 (en la primavera de 1473) llegó Mahomed á la cabeza de un gran ejército y se dirigió á la cuenca superior del Eufrates en busca de Hasan, el cual después de algunos encuentros felices perdió la batalla decisiva cerca de Terdschan, á orillas de la corriente del mismo nombre entre Erzerum y Erzingan. Allí sucumbieron los valientes turcomanos ante la terrible artillería turca, y la suerte del Asia Menor quedó decidida por muchos siglos. Mahomed no persiguió á Hasan en sus montañas inaccesibles, siguiendo discretamente el consejo de su célebre visir Mahmud; y si bien Hasan no cesó de meditar desquites hasta su muerte, que ocurrió entre los años 880 y 883 (1475 y 1478), no hubo mas guerra entre sus turcomanos y los turcos. Mahomed el Conquistador murió en 886 (1481). Su sucesor Bayaceto II era hombre más pacífico que sus antecesores, Mahomed y Bayaceto I, por lo cual hubo tregua entre los ak-koyunlus y los turcos, y los mamelucos ganaron con esto más de treinta años de libertad é independencia.

Kait-Bey había visto la guerra entre Hasan y el conquistador de Constantinopla con la mayor indiferencia como si nada le fuera en ello. Verdad es que Mahomed II, que conocía la gente, le había contentado á él y á sus emires con el abandono de Abulustein, para que no le molestaran mientras se las había con Hasan; pero en 884 ó 885 (1479 ó 1480) hizo destronar al emir instalado en Abulustein por Kait-Bey y le substituyó por un pariente del destronado. No ocurrió entonces á Kait-Bey poner coto á los desmanes cada vez más brutales del conquistador turco, aliándose contra él con los ak-koyunlus, poderosos todavía á pesar de su derrota, porque atendida la enemistad arraigada entre éstos y los mamelucos no se podía pensar seriamente en semejante alianza. En cambio comprendió que en adelante era imposible la paz con el imperio turco, y desde entonces no perdió ocasión alguna para impedir todo aumento de la influencia turca en el Asia anterior. Dejó, sin protesta por su parte, que la isla de Chipre, antes tributaria de los sultanes del Egipto desde las expediciones de Burs-Bey en 827 hasta 829 (1424-1426), pasara en 894 (1489), por efecto de la abdicación de Catalina Cornaro, á poder de Venecia, á pesar de no haber renunciado nunca los sultanes mamelucos á su soberanía sobre la isla. En cambio procedió con decisión cuando Bayaceto II le declaró la guerra por haber acogido hospitalariamente á su hermano y enemigo Schem, y por algunos otros conflictos. Las fuerzas que Kait pudo enviar contra los turcos derrotaron á éstos, no obstante las dificultades suscitadas por los emires turbulentos y discolos, en las diferentes campañas que mediaron desde 890 hasta 896 (1485-1491), y el sultan Bayaceto tuvo que hacer la paz reconociendo la soberanía de los sultanes del Egipto sobre los emires de Abulustein y los de la Cilicia, en cambio de algunas concesiones del sultan mameluco. Este resultado habría podido ser el principio de una política defensiva enérgica del imperio mameluco, si sus condiciones hubiesen permitido continuarla siquiera con mediana constancia y formalidad. Mas esto era imposible; en vida todavía de Kait-Bey, cuya muerte ocurrió en 901 (1496), crecieron de tal manera el desorden interior, la codicia é insolencia de la soldadesca, la miseria del pueblo, aumentada por la peste y el hambre, y la penuria é impotencia del gobierno, que éste nada absolutamente pudo hacer contra los enemigos exteriores, y ya hemos dicho antes á qué extremos llegaron las cosas en el interior. Si entonces no desapareció el imperio mameluco y si prolongó su existencia dos decenios más, fué debido á las tempestades interiores que conmovieron el imperio turco en vida de Bayaceto II y á asuntos más urgentes que tuvieron ocupado á Selim I hasta